

la audacia de Inodoro». Al igual que para símiles de este tenor: «La tierra generosa cual una indómita molleja pasional». También las letras del cancionero pseudofolklórico, en especial de los autores que alcanzaron notoriedad, junto con este tipo de música, hacia 1960 (Hamlet Lima Quintana, Ariel Petrocelli, Armando Tejada Gómez, etc.), es citada para provocar hilaridad.

Si bien estos rasgos disminuyeron posteriormente, las planchas reproducidas en este mismo número muestran, por ejemplo, cómo dos licenciados estudian a Inodoro en tanto expresión del ser nacional (una preocupación permanente del nacionalismo tradicionalista) que «nadie puede definir». Porfirio Testuz —los nombres constituyen uno de los lugares con fuerte connotación humorística— encarna una versión dislocada de la leyenda según la cual el séptimo hijo varón se convierte inevitablemente en lobizón.

En otras puede apreciarse cómo trabaja la significación paródica sobre el fondo de cierta literatura nacional: invierte el tópico de la cautiva a propósito de Eulogia, secuestrada por catorce mil indios, incluidos comanches (habitaron América del Norte), y devuelta a la fuerza porque «¡Les había comido hasta los quiyangos!».

Es ingenioso el cruce entre la historia de Martín Fierro, que huyó a las tolderías a consecuencia de las injusticias padecidas («Si no se iba, por ahí quedaba en proyecto editorial no más»), y la de quienes abandonan el país por falta de perspectivas futuras. Eso posibilita que en el diálogo se diga que los pampas no dan visa a cualquiera, que sea importante tener un abuelo ranquel o que «sin saber el idioma, ni de indio chusma [el que no pelea] le dan trabajo».

En su escritura literaria, Fontanarrosa comenzó parodiando textos de otro carácter. Así, su primera novela (*Best-seller*, 1981) actúa sobre un marco formado por la serie narrativa de Ian Fleming que protagonizara James Bond, pero en su texto el protagonista lleva un nombre y apellido homónimos con la frase inglesa que designa a la literatura muy vendida. Dos alusiones dejan entrever cuál es el modelo parodiado.

Una en el sexto capítulo:

Antes de salir había cruzado la juntura de unión de las dos hojas con un delgadísimo cabello de su propia cabeza. Había visto hacer eso al detestable James Bond en una película y le parecía un recurso rústico pero eficiente<sup>18</sup>.

En el IX, intercala un actuante apellidado Fleming y cuando Best le pregunta si es algo del escritor inglés, el otro le contesta, con total desenfado: «Por supuesto. Consecuente lector»<sup>19</sup>.

Fiel a su actitud paródica —conscientemente o no—, Fontanarrosa reivindica al menos un aspecto o un tipo de *best-seller*, al tiempo que ridiculiza muchas de sus fórmulas. En diálogo con Juan Sasturain, reconoce admirar,

<sup>18</sup> Fontanarrosa, Roberto. *Best-seller*. Buenos Aires, Pomaire, 1981, pág. 35.

<sup>19</sup> *Ibíd.*, pág. 185.

en textos como *El país de las sombras largas* (Ruesch) o el mismo *Aeropuerto* (Hailey), la capacidad para «inventar y manejar muchísima información como si fuese cierta»<sup>20</sup>.

Su tercera y última novela (*La Gansada*, 1989) somete a burla los procedimientos del *best-seller* en un sentido amplio, aunque recaiga especialmente sobre los formantes melodramáticos o psicoanalíticos, a la vez que sobre ciertos recursos propios de las series televisivas norteamericanas a la manera de *Dinastía*. Sin renunciar nunca al humor verbal: Amapola no «deseaba herir a Zane. Deseaba matarla»; «Esteban apretaba en su mano derecha la pelotita de golf, como si quisiera ablandarla», etc.

Sin embargo, los recursos paródicos de este autor operan habitualmente sobre un material de mayor resonancia popular. Es lo que revela su otra novela (*El área 18*, 1982), cuyo primer capítulo, que describe las vicisitudes fantasmagóricas que sobrevienen a un equipo de fútbol en marcha por el túnel hacia el campo de juego, alcanza momentos realmente sorprendentes.

La formación del equipo multinacional, las directivas del entrenador alemán Muller o el valor político que el fútbol ha adquirido en Congodia, supuesto país africano cuyo estadio está edificado sobre un volcán, aunque a los servicios de inteligencia se les haya pasado por alto ese «detalle», componen un sustancioso conjunto de ironías, en especial acerca de la trascendencia adquirida por este deporte en el mundo y frente al poder.

El relato hiperbólico y con un sesgo épico del partido/batalla final recuerda técnicas similares —salvadas las distancias y pretensiones— con las que empleara Joyce en su *Ulysses* para componer una imagen eficaz del mundo actual como particularmente degradado. Tras ir perdiendo, el equipo que puja por obtener el triunfo y la autorización para instalar una base de misiles yanquis en Congodia, encara así el segundo tiempo:

Los Mapaches, borrachos por el dulce licor del heroísmo, embotados sus raciocinios ante el esfuerzo monumental, el calor angustiante y los vapores neblinosos que se desprendían del suelo, atontados hasta el obstinamiento por el olor conjugado a transpiración, sangre, polvo, vegetación pútrida y azufre, enloquecidos como reses que adivinan la excitante perspectiva del sacrificio final, arremetieron sobre las huestes congodias dispuestos a cambiar ataque por ataque, golpe por golpe, carga por carga<sup>21</sup>.

Desde *Fontanarrosa se la cuenta* (1973), sus relatos breves han aprovechado recursos similares, sobre todo a partir de la reedición (añade cinco relatos) de *Los trenes matan a los autos* (Rosario, Ediciones del Peregrino, 1984), que apareciera originariamente en 1977.

Hasta ahí, un humor negro de estirpe surrealista (*De la comida casera*), los repertorios de recomendaciones falsamente ejemplares (*El cuidado de los gatos*), la preocupación por tornar evidente la crueldad infantil (*Porqué los niños van al circo*) o paternal (*La educación de los hijos*) y el absurdo

<sup>20</sup> «La crítica ha vivido equivocada», reportaje a Fontanarrosa en revista *Crisis*, 51, febrero 1987, pág. 44.

<sup>21</sup> Fontanarrosa, Roberto. *El área 18*. Buenos Aires, *De la Flor*, 1986 (2.ª edición), pág. 247.